

# QUÉ FUE LO QUE EL BUDA DESCUBRIÓ

## Segunda parte

### Capítulo 17

#### LA TENTACIÓN

El Sublime, el Perfecto Iluminado, el Sakiamuni, Gautama, el Buda, el Majestuoso, se internó en el bosque.

Desde las copas de los árboles curiosos monos bulliciosos lo seguían. En las mañanas observaba las joyas luminosas del rocío que habían fabricado las neblinas matutinas. El canto del ruiseñor alegraba su corazón con sus melodiosos trinos.

Con su privilegiada mente logró entender las voces de la brisa y descifró el crujir de los árboles cuando sueñan en la espesura. Meditaba... sabía que vive más el que logra mantenerse más tiempo dentro de sí mismo.

En la tarde veía cómo los rayos del Sol sembraban el bosque de oro. Se bañaba en aguas vivas que se desprendían en madejas de las rocas... y se preguntaba:

— ¿Cuándo será que el hombre acepte a La Naturaleza como única y gran maestra?

En las noches, cuando sondeaba las espesas penumbras, a veces oía el aleteo del búho, y el inmediato chillido de un roedor el cual era izado hacia la muerte.

Comía frutos y tallos silvestres y descansaba a menudo. En su mente prodigiosa explotaban destellos azules de divinas remembranzas. Cuando se reponía continuaba impasible.

Y así como un hombre del desierto llega a un oasis, sacia su sed con abundante agua y sabe cuando se encuentra lleno, así Buda sabía perfectamente que su iluminación era incommovible. Se había conectado a la fuente de la verdad eterna.

Mara, el monstruo del despotismo, el demonio, el genio del mal, el tentador, también sabía que había sido vencido completamente, y contra el Iluminado ya no ejercía ningún poder.

Pero sí podía impedir que el resto de los hombres no conocieran “Aquello que el Buda descubrió”.

Debía entonces impedir a toda costa que fueran enseñados los secretos de la destrucción del dolor. Como bien intuía Mara que el secreto de la fuerza mental del santo era su sabiduría, tenía que darle un veneno letal endulzado con miel.

El maligno tentador sabía que lo más fácil es engañar con mentiras a un hombre de bien, debía aprovechar el momento en que el Majestuoso cayera rendido por su debilidad corpórea y se durmiera profundamente.

Cuando esto ocurrió, se le presentó haciéndose pasar por despampanante mujer y le musitó al oído:

— ¡Gran Tathágata! ¡Perfecto Iluminado! —Le dijo fingiendo profundo respeto y admiración—:

— Ya entraste en el Nirvana, quédate ahí. Eres un poderoso Dios más alto que el Brahma, Shiva y Visnú juntos.

—Es justo que descanses ya, lo has merecido mil veces. Todos los triunfos de los dioses juntos no igualan el tuyo.

— ¡Buda! Descansa ya —le susurró al oído y continuó—: —Acabaste con todos tus deseos; entonces no desees enseñar; ya que tu iluminación es total no te queda nada por hacer. Has cumplido tu misión.

— ¡Grande y majestuoso! No tienes necesidad de vagar más por este mundo de sufrimientos; sumérgete en el profundo e incomparable Nirvana, lo mereces ¡Hazlo ahora mismo!, —terminó ordenándole hábilmente el tentador encarnado en una maga embrujadora.



Buda despertó sobresaltado; la sombra maligna de una duda diferente oscureció su cerebro y pensó:

—La ley eterna es difícil de comprender, el Nirvana no es posible explicarlo con palabras ni digerirlo con razonamientos; escapa a todo examen, está en contradicción con las doctrinas brahmánicas y con las demás que el mundo conoce.

—Es invisible y no es comparable a rito, ceremonia ni sacrificio alguno, y escapa a la costumbre de adorar dioses, tan apetecida por los interesados que buscan un cielo.

—Creo que la grosera fantasía popular pavona con ceniza la lumbre de la verdad salvadora; y una verdad la convierte en mentira el que no la entiende.

—Los hombres se encuentran enormemente alejados de sí mismos. Si yo les enseñase la ley santa que descubrí, no la comprenderían.

—Los compañeros ascetas se han apegado a sus creencias de liberación y no querrán ceder; los insultos me vendrán de todas partes.

—El vulgo no acepta la lumbre de la verdad así como el metal oxidado no acepta el brillo.

—Si aconsejo al ignorante me puede tomar como su enemigo; por que la verdad indigesta a todo el que no es suficientemente sabio para recibirla.

—Una cosa es la misericordia al querer que todos participen y otra es la imposibilidad que existe en lo que no se puede enseñar, ni dar, ni escribir.

—Esta ley —se repetía Buda— no se obtiene por la gracia divina, ni por revelación de un dios, ni por la fe ciega.

—Cada uno, por su propio esfuerzo, tendrá que ser el salvador de sí mismo; cada cual recoge lo que sembró, y yo no puedo hacer nada al respecto.

—Los hombres solamente están contentos con las cosas que hacen miserables sus almas y sólo cosecharán su espiritualidad cuando hayan sufrido dolorosas separaciones y tremendos martirios que les abren los ojos al cambio eterno.

Buda sintió honda compasión por el género humano, dejó de pensar por breve momento y concluyo para sí:

— ¡Todas las puertas están cerradas! No debo predicar, ya descubrí al que me hizo este cuerpo, no me volverá hacer uno nuevo.

—Dejaré aquí, en este paraje acogedor, los huesos que como vigas sostuvieron la última casa de carne que habité.

## EL TRIUNFO DE MARA

Un relámpago de triunfo brilló en el cerebro oscuro del soberbio genio del mal. Había logrado eclipsar la mente del santo. En el pensamiento del Buda se había presentado el fatal momento de la incertidumbre.

Es difícil entender el porque los Avatares —grandes maestros de la humanidad—, no obstante haber alcanzado la perfecta iluminación, han sido atacados por la duda.

Recordemos que 5 siglos después de Buda, Jesús, el Cristo, en una de sus últimas palabras, dijo: ***“Padre mío, por qué me has abandonado.”***

En las cumbres celestes los Devas gloriosos se conmovieron. En las profundidades abismales los espectros demoníacos lanzaron llamaradas de triunfo y se revolcaron en los miasmas asquerosos y repugnantes que dejan los vicios.

Los reyes de la envidia, la ira, el rencor y la venganza danzaban con Kama, la reina de la voluptuosidad y el erotismo, ama y señora del placer sensual.

Todos regidos por Mara el rey de la muerte, se preparaban para dejar la esfera terrestre cubierta de las más abyectas sombras de ignorancia, la cual es la causante de todo mal y dolor que existe en el Universo.

Sabemos por experiencia que en todo hombre influyen por igual las fuerzas del bien y del mal. Buda era un hombre. Cuando se alcanza el Nirvana ninguna fuerza puede arrebatarse al ser de ese estado.

No obstante la humanidad del Iluminado seguía rigiéndose por las leyes naturales y su misión, en cuanto a la enseñanza de lo que descubrió, podría ser desviada.

En este aspecto fue en el que intervino Mara. Podía hacerlo en cuanto a perjudicar al resto de los hombres exceptuando a Buda cuya liberación era inmovible.

Pero no olvidemos que las fuerzas del bien también podían intervenir en beneficio de los billones de seres humanos que seguirían llegando a la Tierra y estarían expuestos al dolor. Ellos también podían lograr ser Budas y derrotar al maligno tentador.



mar la sabiduría de la Tierra.

—Dentro de cada ser humano existe una conciencia superior que merece ser despertada. No enseñar a un hombre que quiere aprender es desperdiciar un hombre.

En cambio, enseñarle a quien no quiere, es desperdiciar las palabras, —terminó diciendo la voz del bosque. De inmediato Buda razonó:

—Existen tres clases de seres humanos: un tercio se hunde en lo falso, gusta de las religiones de hombres, adora ídolos, gusta de los ritos, ceremonias y oraciones sin sentido.

#### LA CONTRAPARTE

Ocurrió entonces que Visnú, el más elevado dios quien se encarga de iluminar al mundo con la sabiduría, actuó con fuerza e influyó en la mente del Santo para que razonara de nuevo. De inmediato Buda escuchó la voz del bosque que le dijo:

—No hemos nacido únicamente para nosotros mismos; si quieres vivir bien para ti, debes vivir también para los demás, porque el que no vive para servir no sirve para vivir.

En consecuencia debes corresponder a las enseñanzas que te han dado; aprende del mar que depositó sus secretos en la arena y la playa le regaló al

—Sacrifican animales, parte para sus dioses y parte para sus estómagos. Adoran a sus maestros “espirituales” para que les aseguren un buen puesto en el cielo y ofrecen dinero a sus sacerdotes para que intercedan por ellos ante un supuesto dios que castiga, condena, o brinda gracias para disfrutar de un paraíso eterno.

—Sin embargo estas personas no hacen nada por sí mismas, no buscan la verdad por temor a saber la realidad de la vida, y cómodamente depositan su espiritualidad en manos de un sacerdote, maestro o un dios que haga todo por ellos.

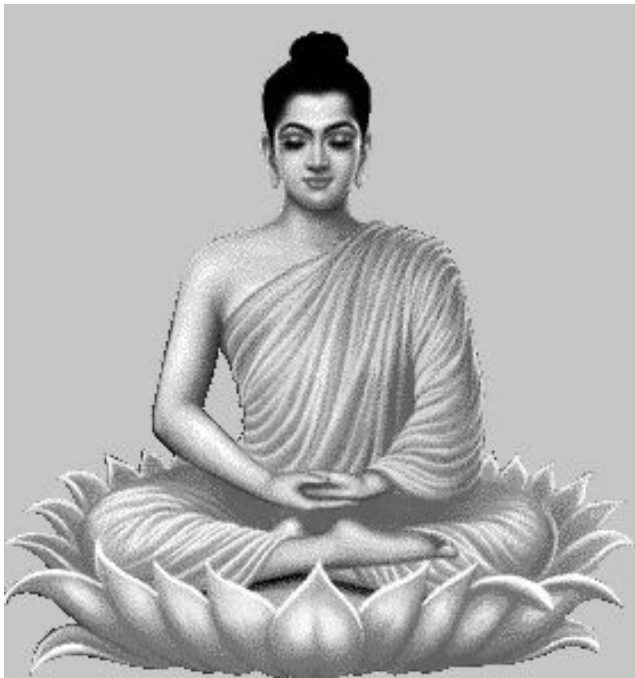
—Si predico a estas personas me consideraran un demonio, me erigirán como un ídolo falso\* y condenarán mi doctrina; perderé el tiempo. Porque la lámpara de la sabiduría no alumbra a quienes domina el sueño de la ignorancia.

***\*Así ocurrió: Altos jefes de religiones occidentales, adoradores de ídolos y fiestas paganas, temerosos de que las enseñanzas de Buda apocarán sus religiones mercantilistas, esculpieron un muñeco obeso y opulento; lo presentaron a la multitud diciéndoles: este es el Buda; tiradle monedas que él os dará placer y buena suerte.***

***De esta forma triunfó Mara en occidente ya que la anterior imagen es la que hoy tienen la mayoría del verdadero Buda.***

Buda continuó cavilando: —Otro tercio de la humanidad se encuentra en la incertidumbre y aunque rechazarán mi doctrina, algo les quedará y la semilla morará en ellos, latente, para fructificar algún día.

—Pero otro tercio de las personas puede estar cerca de la verdad y mis enseñanzas les ayudarán a encontrar el verdadero camino—. Finalmente Buda concluyó:



—Si no enseñé la ley eterna, no la conocerá nadie. Conviene enseñar a matar el error para salvar a los que están errados. Pobre de aquel que no da porque su bolsa está vacía, sabiendo que en su corazón existen riquezas que puede dar a los pobres de espíritu.

En la mente del santo brilló una idea grandiosa de un alcance inmenso y fue así como, en un acto de suprema reflexión, decidió volver al mundo del sufrimiento.

No se trataba de un deseo más de su corazón, ya que todos sus deseos se habían extinguido, sino que obedeció al formidable empuje de su infinita compasión que lo alentó a actuar.

Como él tenía muy presente que en el gran reloj del tiempo existe una sola palabra: Ahora; y así como el

Sol no se hace rogar para esparcir su luz y su calor, y así como la sangre llega presto a la herida sin esperar a que la llamen, de igual forma Buda partió de inmediato a combatir a su único enemigo: El dolor.